

SEGUNDA PARTE.

La multiplicacion de las víctimas que los antiguos pueblos, y aun el pueblo hebreo, ofrecian á Dios, prueba, dice San Juan Crisóstomo, la insuficiencia de las mismas. ¿Por qué multiplicarlas, si alguna de ellas era suficiente para el fin del sacrificio? (1) Como inútiles, pues, debieron cesar, y cesaron en cuanto se inmoló la Víctima divina, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (2). En cuanto los pueblos conocieron esta víctima, abandonaron todas las demás. Pero la sangre de esta víctima se derramó una sola vez. ¿Cesará para siempre el sacrificio? No, Señores, debe ser perpétuo como la redencion. Mientras haya hombres en la tierra, hay necesidad de redencion, y esta, con todos sus frutos, está vinculada en el Sacrificio de Jesucristo. Este, pues, debe perpetuarse; y esto hace el gran Pontífice de la redencion por medio de la Eucaristía. Ella es un verdadero Sacrificio: es el complemento, y por así decirlo, la perfeccion ó consumacion del Sacrificio de la Cruz; es la

(1) Illæ autem (hostiæ) multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. ¿Quid enim, dic quæso, opus erat multis, cum una sufficeret?.... Quod enim prima victima nihil valuerat, altera offerebatur: quandoque nec ipsa quidquam conferebat, altera adjungebatur. Quod itaque victimæ offerebantur, peccatorum erat evictio; quod autem semper imbecillitatis certa professio. Secus autem in Christo: semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatio fuit. (S. Joann. Crisost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

(2) Joann. I, 29.

prenda de redencion y de gloria, que Jesucristo ha dejado en la tierra (1).

Recordad lo que hizo Jesucristo en la última noche de su vida. Era aquella noche suprema tan deseada por el Salvador de los hombres; aquella noche figurada en tantos hechos brillantes de la historia del pueblo de Dios; aquella noche que no ha tenido ni tendrá semejante en los siglos, porque en ella todo fué grande, todo celestial y divino; aquella noche, en fin, en que la llama que ardia en el pecho de Jesus, saltando las vallas de la naturaleza, se levantó y salió de su corazon, como volcan ardiente que esparció por todo el orbe las riquezas de su amor. En ella, Jesucristo, que no tuvo nunca albergue donde retirarse, ni lugar donde reclinar la cabeza (2), reúne á sus Apóstoles en un cenáculo grande, adornado con magnificencia. El habia fundado su Iglesia que, extendida por el universo, debia hacer su nombre grande en todas partes, y en todas tener un altar, una víctima, un sacrificio, como el Profeta lo predijo (3). Este altar, esta víctima y este sacrificio debia ser perpétuo y único; reproduciéndose siempre sin multiplicarse en su especie, como los del antiguo pueblo (4): debia ser una víctima inmortal, una víctima divina, víctima universal y de infinito precio. Y ved que, reuniendo en su corazon

(1) Ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam redemptionis oblatio; et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hilar. Arelat., Hom. 5 de Pascha.)

(2) Luc. IX, 58.

(3) Malach. I, 11.

(4) Eundem enim semper offerimus; non nunc quidem aliam, cras autem aliam, sed eandem semper victimam. Quamobrem unum est sacrificium. Pontifex noster ille est, qui eam obtulit hostiam quæ nos mundat. Illam nunc quoque offerimus, quæ tunc fuit oblata, quæ non potest consumi. (S. Joann. Chrys., Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

su caridad inmensa con su poder sin límites, rodeado de sus Apóstoles, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, adora y da gracias á su Padre, bendice el pan, lo parte y lo da á sus Discípulos, diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado.* Toma el cáliz, lo bendice, y lo reparte diciendo: *Tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada; es la sangre de la nueva alianza que Dios hace con el hombre* (1). ¿Veis el Sacerdote, veis la víctima, veis la inmolacion, veis su objeto? El Sacerdote es Jesucristo, Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), que realiza lo que este figurara al ofrecer á Dios el pan y el vino (3), único sacrificio, segun doctrina de los mismos judíos, que debia exceptuarse de la abolicion entre cuantos la sinagoga practicára (4). La víctima, Jesus lo dice, es su Cuerpo, el cuerpo que el Padre le dió para sustituir con él á las víctimas antiguas. La inmolacion la expresan sus palabras: consagra separadamente el pan y el vino; convierte la sustancia de aquel en la de su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion. El objeto del sacrificio es el perdon del pecado, con la reconciliacion Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura. La antigua alianza de Dios con su pueblo, se ratificó con la sangre de las víctimas que ofreció Moisés,

(1) I ad Corint. XI, 23, 24; Matth. XXVI, 28.

(2) Psalm. CIX, 4.

(3) Melchisedech jam tunc in typo Christi panem et vinum obtulit, et mysterium christianum in Salvatoris sanguine dedicavit. (S. Ciprian., Epist. ad Cœcilian., de Domin. calice.)

(4) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet à cessatione sacrificiorum. Sacrificium panis et vini, sicut dicitur: Tu es Sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees in Bereschit Rabbá.)

y con la cual roció el altar, la ley y el pueblo (1). La nueva alianza, más perfecta que aquella, debe ser firmada tambien con sangre, y rociados con ella el altar y el pueblo.

¿Más para qué este sacrificio tan misterioso, puesto que dentro de poco, al día siguiente, debia públicamente inmolarse Jesucristo sobre la Cruz del Calvario? La Crucifixion, Señores, fué un verdadero sacrificio, y sacrificio voluntario, cual para la redencion se requeria: pues, como anunció el Profeta, Cristo se ofreció porque quiso (2); y el mismo Salvador repetidas veces lo anunció tambien, manifestó deseo ardiente de él (3), y protestó que moria voluntariamente, porque, siendo Dios, nadie tenia poder para quitarle la vida (4); bien que exteriormente apareció como una muerte forzada, como un castigo que se le impuso. Parecia morir por la acusacion y ódio del pueblo, y por la sentencia del juez; y esto no era honroso para el que voluntariamente se cargó con nuestras iniquidades (5). Escuchad á San Gregorio Niseno: «No quiso el Señor que permaneciera un instante oculta la libertad de su inmolacion; y por ello no espera que la traicion de Judas le imponga necesidad de padecer, ni que el ódio de los judíos le abrume, ni que la sentencia de Pilato le apremie, para que no parezca que la malicia de los hombres y no su propio amor, es la causa y el principio de la salud universal, por medio de su sacrificio: y hé aquí que teniendo todas las cosas en su mano, se anticipa á la malicia de los hombres con un acto espontáneo; y por medio de una

(1) Ad Hebr. IX, 18 ad 21.

(2) Isai. LIII, 7.

(3) Luc. XII, 50.

(4) Joann. X, 18.

(5) Isai. LIII, 4.

inmolacion invisible, pero real, él mismo se sacrifica, haciéndose á la vez víctima y hostia, Sacerdote y Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. ¿Cuándo y cómo lo hace? concluye este Santo Padre. Cuando dió á comer su cuerpo y á beber su sangre á sus discípulos: entonces es cuando declaró solemnemente con las obras, que el sacrificio del Cordero quedaba cumplido, y realizadas las figuras antiguas (1).

Notad más; en el sacrificio de la antigua alianza, Moisés roció con la sangre de las víctimas el altar, las doce piedras que representaban á las doce tribus, y al pueblo, y sobre todo, como más próximos á él, á los doce príncipes de Israel (2): en la nueva debia tambien suceder así; y esos príncipes, los Apóstoles, esas doce piedras fundamentales no estuvieron en el Calvario para recibir la aspersion de la sangre, y ratificar con ello su alianza con Dios, en nombre de toda la humanidad. Esta aspersion la hace Jesucristo en el Cenáculo, dando á beber su sangre á los doce. En los sacrificios antiguos, en fin, los que asistian participaban de la cosa ofrecida, comian la carne consagrada á la Divinidad. Asistiendo al sacrificio y poniendo su mano sobre la cabeza de la víctima que se ofrecia por el pecado, figuraban trasladar á ella sus pecados, y la obligaban á inmolarse (3).

(1) Qui enim Domini auctoritate cuncta disponit, non ex proditione sibi impendentem necessitatem, non judæorum quasi prædonum impetum, non Pilati potentiam spectat, ut eorum malitia sit communis hominum salutis principium et causa: sed consilio suo antevertit, et arcano sacrificii genere quod ab hominibus cerni non poterat, se ipsum pro nobis hostiam offert et victimam immolat, sacerdos simul existens, et Agnus Dei qui tollit peccatum mundi. ¿Quando id præstitit? Cum corpus suum discipulis congregatis edendum, et sanguinem bibendum præbuit, tunc aperte declaravit Agni sacrificium jam esse perfectum. (S. Greg. Niss., Orat. 1 in Sanctum Pascha.)

(2) Exod. XXIV, 4, 6, 8.

(3) Levit. IV, 4, 15.

Inmolada la que se ofrecia en hostia pacífica, y consumida una parte en honor de la Divinidad, comian la otra, que, por la oblacion aceptada, se hacia cosa de Dios (1); y comiéndola, figuraban confirmar su alianza y unirse á Dios, participando de sus cosas, y recibir con ello el fruto del sacrificio (2). En la Cruz no se cumplió esta última parte del sacrificio; y Jesucristo la cumple en el Cenáculo, dando á comer y á beber á los Apóstoles la sangre de la víctima, que por el mundo se sacrificaba, para unirle á Dios.

El sacrificio Eucarístico es, pues, el mismo del Calvario; es su perfeccion y complemento; es su perpetuacion. Cuando Jesus hubo instituido este Sacrificio, dijo á los Apóstoles: «Haced esto en memoria mia: repetid lo que yo he hecho, y repetidlo en mi nombre (3).» San Pablo explica el sentido de estas palabras, diciendo: «Cuantas veces comereis este pan y hebereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que venga;» es decir, hasta la consumacion de los siglos (4). Desde que el Señor dijo: Haced esto en memoria mia: este es mi cuerpo, esta es mi sangre; cuantas veces con estas palabras y con esta fe se celebra, dice San Cipriano, otras tantas este pan sustancial y este cáliz consagrado con solemne bendicion, se ofrece y aprovecha para vida y salud de todo hombre; siendo á la vez holocausto y medicina para purgar los pecados y curar las enfermedades (5). Ambas cosas necesita el hombre, ambos efec-

(1) Id. VII, 15.

(2) I ad Corinth. X, 18, 20, 21. Véase Aug. Nicolás, estudios sobre el Crist., 1.ª parte, libro 2, cap. 4, y 2.ª parte, cap. 17.

(3) Luc. XXII, 19.

(4) I ad Corinth. XI, 25, 26.

(5) Ex quo à Domino dictum est: hoc facite in meam commemorationem, hæc est caro mea, et hic est sanguis meus; quotiescumque his verbis et hac fide actum est, panis iste supersubstantialis et calix benedictio-